



## EL TESORO DE PEDRO ASENCIO.

---

### I

Si cuidado especial se tuviera en recoger y compilar las tradiciones todas que ya sobre los hombres, ya sobre las cosas, existen por todas las partes de nuestro territorio, se podrían formar muchos volúmenes curiosísimos y llenos de datos interesantes para muchas materias.

Y comprobando la narración de la leyenda en aquello que ofreciera más probabilidades de verdad, no vacilamos en creer que ayudarían poderosamente para comprobar y rectificar ciertos hechos históricos que hoy están envueltos en una atmósfera de incertidumbre.

Cuando menos, ya que no ofrecieran interés inmediato, servirían las tradiciones de poderosa ayuda á nuestra literatura nacional, para dar una ligera idea de la fantasía de nuestros paisanos y de la tendencia de ellos, así como la de todos los habitantes de los países meridionales, á lo extraordinario y lo maravilloso.

Servirían también de agradable distracción en multitud de ocasiones; y muchas de esas leyendas, cuidadosamente examinadas, podrían ponerse en manos de la juventud como ejemplos dignos de imitarse ó como modelos de acciones loables, acreedores á eterna memoria.

Si en alguna parte existen tantas tradiciones es en nuestro país, tan extenso, tan accidentado, poblado por una multitud de

pueblos distintos, desde los nahoas y toltecas, cuyo origen es fabuloso y lleno de leyendas, que ha sido teatro de innumerables acontecimientos, de guerras, cataclismos, hechos heroicos y sucesos raros que se han sucedido durante una larga serie no de años, sino de siglos.

En nuestros viajes más de una ocasión hemos tenido oportunidad de escuchar esas narraciones, hechas sencilla y pintorescamente por los rústicos habitantes de nuestros campos y aldeas, que distraen sus tranquilas veladas refiriéndolas á sus hijos ó á los forasteros que la casualidad les da por huéspedes.

La curiosidad también nos ha impulsado á preguntar y á investigar, y hemos sabido otras ó las encontramos consignadas en algún viejo libro que ya nadie lee por su triste aspecto.

Entre ellas unas hay, y no pocas, que se refieren á la época de la gran guerra de nuestra independencia, época fértil en sucesos de todo género, y en episodios innumerables.

Apenas la historia en muy contados casos ha tomado nota de los hechos más notables, relegando á la fábula no sólo los pormenores tal vez más interesantes, sino hasta nombres de héroes que por esa causa permanecen desconocidos y únicamente los recuerda vagamente el humilde pueblecillo donde nació.

Nosotros, que otras veces hemos dado á conocer algunas leyendas curiosas, vamos ahora á referir una de entre las que tenemos en los apuntes de viaje; la que escuchamos de los labios de un burdo rancho de las montañas del Sur, mientras nos mostraba el magnífico y bravo paisaje donde su narración se desarrollaba.

## II

Entre los hombres que desde luego se apresuraron á secundar el grito de independencia lanzado por el inmortal cura Hidalgo, ya porque obedeciesen á los impulsos de su patriotismo, ya por otra causa cualquiera, se cuenta á Pedro Asencio.

Este héroe del Sur, á quien la historia

dedica algunas pocas páginas, es un ente fabuloso por aquellas cálidas comarcas, y sus hechos se transmiten con respetuosa admiración de padres á hijos.

Nació en el pequeño lugarejo de Acuitlapam, en las cercanías de Teloloapam y desde muy niño se dedicó al penoso oficio de arriero, en el que lo vino á encontrar la guerra de Independencia.

Dotado de una energía grande y capaz de resistir los mayores contratiempos, de una naturaleza hercúlea á propósito para la lucha tremenda que se iniciaba, de carácter hurraño y selvático, gran conocedor del terreno donde había pasado su vida, desde luego fué por todo esto un poderoso enemigo del gobierno colonial y auxiliar precioso para la causa insurgente.

Además, cierto prestigio que tenía entre aquellos montañeses contribuyó á que en breve contara con una partida que sembró la alarma y terror en aquellos distritos.

Astuto y amaestrado rápidamente en la guerra de emboscadas, única que le era dado adoptar; jamás llegó á verse abatido por completo, y cuando se le creía, por algún descalabro que había sufrido, incapaz de rehacerse, aparecía por otro lugar más osado y resuelto que antes.

Pero la revolución, que con la pérdida de sus hombres distinguidos, disminuyó y degeneró en algunas partes, dió rienda suelta á muchas ambiciones personales y ocasión de desbordar los más sanguinarios instintos.

Así, cada jefe de partida, con pocas excepciones, se convirtió en un verdadero dueño y señor del terreno en que dominaba, y en el que á menudo ejercía horribles é inútiles crueldades.

De esta clase fué Pedro Asencio, á juzgar por los relatos que de sus hazañas hemos oído allí donde hizo la campaña desde 1810 hasta 1821.

Subalterno de todos los héroes del Sur, desde Morelos hasta Guerrero, puede decirse con toda verdad que jamás obró sino conforme á su capricho y á sus instintos, lo mismo que su inseparable compañero, éi

famoso Padre Izquierdo, durante ese largo período de tiempo.

Sin embargo, llegó la época en que aquello debía terminar, y Pedro Asencio, después de haber batido con éxito á una sección de las tropas de Iturbide en San Vicente, tuvo que someterse á la fuerza de los acontecimientos que se desarrollaron después de la entrevista memorable de Acatempan.

Entonces fué cuando tomó la determinación que sirvió para formar la tradición que narramos; pero ha sido preciso dar esta ligera idea preliminar ántes de referirla, para que pueda ser mejor apreciada.

### III

Organizada la revolución y ya con nuevos alientos, los cabecillas independientes tuvieron por fuerza que irse sometiendo sucesivamente al nuevo orden de cosas establecido en Iguala, y poner coto á su espíritu levantisco é insubordinado.

Pedro Asencio, comprendiéndolo así, reunió en un solo punto cuanto había atesorado durante los diez años de campaña, lo que cuidado perfectamente por una fuerte escolta, determinó guardarlo en lugar seguro y sólo por él conocido.

Según se nos contó y se cuenta, 40 fueron las mulas que se emplearon en trasportar esas riquezas al lugar que había de antemano elegido.

Después de una marcha penosa de varios días á través de la escabrosa sierra del Sur, pernoctó en Los Amates y al siguiente día hizo una corta jornada, hasta llegar al cerro del Limón.

Es esta una eminencia de las cercanías de Tlatlaya, situada en el corazón de las montañas é inaccesible por todos lados, comunicándose con la cordillera, únicamente por un angosto paso situado entre dos profundas barrancas. El resto del cerro no tiene laderas, pues sus lados se hallan cortados á pico y erizados de enormes peñascos que hacen imposible una irrupción á la cima; de manera que se le puede considerar como una fortaleza inexpugnable con sólo

practicar un foso en el paso de comunicación con el cerro inmediato.

Pedro Asencio, obligado á huir en más de una ocasión, y á ocultarse de los que de cerca le perseguían, y también á tener un lugar seguro donde defenderse, había hecho del Limón, como de algunos otros puntos, un sitio de refugio y de defensa.

El manantial, que brota en la pequeña explanada que forma la cima y los cimientos de una vieja fortificación hecha acaso por los antiguos indígenas, le ayudaron para su idea y en breve construyó una terrible fortaleza que se pudiera considerar como un verdadero nido de águilas, desde donde dominaba la comarca y desafiaba impunemente todas las iras del Gobierno Español.

A ese fuerte lugar era donde iba á guardar sus tesoros, mientras podía disfrutárselos cómodamente á la próxima terminación de la guerra.

Cuando las acémilas fueron descargadas y hubieron descansado un corto rato, Pedro Asencio llamó al arriero que las dirigía, llamado Toribio, y le dijo:

—Como recompensa de lo bien que te has portado conmigo y de tu buen manejo, te regalo el hatajo de mulas: con él puedes volverte á tu tierra y trabajar, pues la revolución muy pronto va á terminar y conseguirás hacer una mediana fortuna. Pero te advierto—añadió, dando á su fisonomía el tono resuelto que acostumbraba cuando daba una orden—que no vuelvas por estos rumbos, porque entónces..... —y señaló un elevado cedro á cuyo pie estaba sentado—te ahorcaría en este árbol.

—No señor, no volveré—respondió trémulo Toribio.—Muchas gracias por el regalo que me ha hecho, pues con él ya puedo trabajar por mi cuenta para mi familia. Adiós.

Y se inclinó humildemente con ademán de besar la mano que se le tendía.

—Adiós, contestó Pedro Asencio. ¡Ah!—añadió dirigiéndose al arriero, que se ocupaba en organizar su hatajo—tampoco digas á nadie dónde me has dejado.

—Descuide su merced.

Y á poco Toribio se alejó de allí con sus

mulas, con rumbo á Morelia, firmemente dispuesto á no volver jamás al Sur, donde tan mala suerte le esperaba.

Después de este incidente, Pedro Asencio comenzó á repartir su gente en destacamentos, enviándola á diferentes puntos, como á Sultepec, Tetecala, Teloloapan ú otros, de donde sabía que no habían de volver sino pasados cinco ó más días.

Unicamente conservó á su lado su escolta particular compuesta de treinta hombres, y á su segundo en el mando, un individuo apellidado Gordillo.

Toda la fuerza se alejó preocupada y triste, pues sin saber por qué, preveía que su jefe meditaba algún plan siniestro y terrible.

#### IV

—En esa piedra en que se encuentra vd. sentado—continuó el narrador—se hallaba también sentado Pedro Asencio con la mirada hosca y sangrienta, siete días después de los acontecimientos referidos. Su segundo, Gordillo, se encontraba más allá, de pie, taciturno y grave.

De vez en cuando lanzaba aquél una larga mirada investigadora é inquieta al abismo que se abría cerca de él, volviéndola luego á su subalterno, y entonces tornábase irónica y feroz.

Poco á poco fueron llegando los diversos destacamentos, y aunque los soldados lo primero que extrañaban era la ausencia de las cargas y la de la escolta particular, no se atrevían á hacer ni aun el más leve comentario entre sí, por temor á su tremendo jefe.

Este apenas dignábase oír los partes que sus tenientes le daban, continuando en su tenaz silencio.

Cuando todo el ejército se encontró reunido, Pedro Asencio llamó á un ordenanza y en voz baja le dió una orden.

Al recibirla los diversos jefes, se apresuraron á obedecerla; pero los soldados sintieron helárseles la sangre en las venas al tener una idea vaga de lo que allí había pasado é iba á pasar. Mientras se formaba un cuadro bastante extenso, cuatro hombres

ataban sólidamente al segundo Gordillo y le ponían una mordaza.

El desgraciado apenas tuvo tiempo de pronunciar una palabra que sólo los más cercanos escucharon sin poderla comprender.

—¡Todos!..... murmuró con desesperación, antes de enmudecer para siempre.

Conducido al centro del cuadro, ya maniatado y mudo, Pedro Asencio dijo llamando á un pelotón:

—Fusilen á ese hombre

Dos minutos después, Gordillo yacía sin vida en el suelo, atravesado por diez balas.

Pedro Asencio se acercó y estuvo contemplando un rato el cadáver con cierta cruel satisfacción; luego volviéndose á su gente agregó:

—Tírenlo á la barranca.

La orden se cumplió sin dilación, y Pedro Asencio, recargado en el tronco de un arbol que inclinaba su ramaje sobre el abismo, veía cómo el cuerpo iba saltando de roca en roca hasta llegar al fondo de la barranca, hecho verdaderamente pedazos. Cuando hubo llegado, Pedro Asencio dirigió una última mirada, murmurando con sorda cólera:

—¡Tal vez existe uno que sabe mi secreto!

Y volviéndose á su gente que aterrada enmudecía, le dijo con voz estentórea:

—Ese hombre ha sido ejecutado por traidor. Aquel que cometa la falta que él cometió, sufrirá la misma suerte.

El cuadro se disolvió en silencio, pues nadie se atrevía á murmurar, y dos días después, la división entera abandonó la fortaleza del cerro del Limón para irse á incorporar al grueso del ejército independiente.

A pocos meses, Pedro Asencio murió de una manera horrible en Milpillas, pues quedó su cuerpo acribillado á machetazos, y su cabeza, separada del tronco, fué paseada en la punta de una pica entre el escarnio y la mofa de la soldadesca.

A nadie reveló el sitio exacto donde había escondido su tesoro, y aunque después de la guerra, muchos de sus soldados hicieron excavaciones en diversos puntos del cerro, arruinando casi sus construcciones, ninguno pudo encontrar nada, pues sólo la

escolta que lo enterró lo sabía; pero toda ella y uno á uno de los que la componían murieron á manos de Pedro Asencio y Gordillo, siendo arrojados después sus cuerpos á la barranca.

—Pero ¿quién contó eso, si todos murieron? preguntamos al oír la última palabra y abandonando lentamente la explanada.

El guía sonrió y continuó en estos términos mientras llegábamos á un punto desde donde se veía perfectamente uno de los flancos de la innaccesible montaña.

## V

—Muchos años después de la muerte de Pedro Asencio, llegó á Tlatlaya un anciano desconocido que compró un pedazo de tierra lejos del pueblo y edificó un jacal allí, y á quien rarísimas veces se veía llegar á la población, sólo á vender los productos de su cosecha y á proveerse de las cosas más indispensables.

El tal anciano, que cojeaba algo de la pierna derecha, con nadie hablaba, pero las contadas veces que el alcalde ó alguna persona importante del pueblo logró trabar una corta plática con él, dejaba admirados á sus oyentes por la exactitud con que narraba hechos pasados y lo bien que daba razón de individuos de la comarca que habían existido en años anteriores.

En cierta ocasión se le vió llegar á la casa de una pobre vieja que estaba próxima á morir y que dejaba tres niños, de los que el mayor contaba quince años: se instaló en la choza, erogó todos los gastos indispensables, y á la muerte de aquella mujer se hizo cargo de los huérfanos, á quienes llevó á vivir á su lado compartiendo con ellos su escaso caudal.

Llegó, por fin, un día, que fué el último para él, y comprendiéndolo, llamó al mayor de sus hijos adoptivos y tuvo con él una conferencia. El muchacho, después de muerto el desconocido, contó la conversación habida, y por ella se supo el lugar donde existía el tesoro.

—Yo fui soldado de Pedro Asencio—dijo el viejo—y uno de los treinta hombres que componían su escolta. Después de que par-

tieron las tropas, recibimos orden mis compañeros y yo de enterrar el tesoro, para lo cual atamos unos lazos de los dos árboles que se inclinan sobre la barranca y descendimos por ellos como unas cincuenta varas, hasta tropezar con la boca de una gruta escondida entre los peñascos, la cual gruta era bastante espaciosa.

Con grandes dificultades se bajaron los cajones y cajas y se depositaron allí: luego que todas estuvieron ya adentro, un soldado que sabía algo de albañil construyó una pared que cubría la boca de la caverna, y en seguida se colocaron fragmentos de roca, iguales á los del resto de la barranca, con lo cual quedó tan bien disimulada la pequeña abertura, que yo que estuve hace poco tiempo á verla, no la pude encontrar. Cuando terminó la operación, fuimos repartidos unos por la fortaleza y mandados otros como de centinelas avanzados. pues Pedro Asencio hizo correr la voz de que las tropas de Armijo iban á atacarlo sabiendo el reducido número de hombres que guardaban el cerro del Limón.

Yo fui colocado cerca del foso que completaba la fortificación y un compañero mío, á unas cuarenta varas de distancia, pero oculto á mi vista por la espesa arboleda. Cansado de inmovilidad, y no oyendo ningún ruido sospechoso, eché el arma al hombro y comencé á pasearme, aunque no sé por qué extraño presentimiento lo hacía con mucha cautela: pocos pasos había dado cuando oí crujir la hojarasca como si alguien caminase sobre ella; creyendo que podría ser algún espía enemigo, me tendí entre unos espesos matorrales y esperé.

A poco observé que dos hombres caminaban como ocultándose, en la dirección en que se encontraba el otro centinela: la curiosidad me hizo seguirlos arrastrándome, pues no comprendía lo que pasaba, á pesar de haber conocido ya á Pedro Asencio y á Gordillo.

Los ví acercarse al guardia que estaba sentado sobre un tronco, sin apercibirse de nada, y ví á Pedro Asencio sacar su terrible machete suriano y tirar uno de esos tremendos tajos que sólo él sabía dar: la

cabeza del desgraciado soldado rodó por el suelo, y el cuerpo por un momento conservó su posición, cayendo luego como una masa inerte.

—Ahora el otro—dijo Gordillo,—y aquellas palabras me sacaron de mi estupor, pues comprendí que el otro era yo. Pensé huir, pero eso era muy difícil, pues el único punto de salida estaba cortado por el foso y podían alcanzarme antes de llegar á él y atravesarlo; á mis pies se abría el abismo sembrado de peñascos y matorrales; su vista me horrorizó, pero al oír la voz de los que me buscaban, no reflexioné más y me deslicé agarrándome de las matas. Un momento creí poder bajar relativamente bien; más Asencio y Gordillo ya me habían visto y preparaban sus mosquetes: la rama de un débil arbusto cedió con mi peso, perdí el equilibrio y caí á un peñasco en el momento que sonaron dos tiros, acompañados de horribles imprecaciones; sentí un agudo dolor y que volvía á caer; después nada. Al cabo de muchas horas en que recobré los sentidos, me encontré en el fondo de la barranca, rodeado de los cadáveres de todos mis compañeros y lleno de sangre; intenté levantarme, pero en vano, pues sentía por todo el cuerpo agudísimos dolores: tenía una pierna rota, el pecho atravesado por un balazo y muchas contusiones, algunas de gravedad.

Cuando me di cuenta exacta de mi situación, más que de mi estado, me aterrorizaba la idea de que bajara Pedro Asencio á matarme para que no pudiera revelar el sitio del escondite; así es que como pude lavé mis heridas con agua del arroyo, las vendé con girones de mi ropa, y arrastrándome y ayudándome de mi machete, que por una casualidad estaba á mi lado, dejé aquél lugar de mi caída, la que fué amortiguada por unas gruesas matas de zacatón y procuré llegar á Tlatlaya. Pero la empresa era casi imposible, dado mi estado, y algunas veces pensé renunciar á ello y esperar la muerte, que no debía estar lejana.

Tres días llevaba de arrastrarme, manteniéndome con la fruta que á mi paso encontraba caída, cuando tuve un rato de an-

gustia fatal, pues á pocos pasos de mí pasó Pedro Asencio con todo su ejército. Temí que me viera y no me atreví á respirar; más por fortuna el jefe iba distraído y pasó rápidamente, así como la tropa.

Por fin, cuando más desesperado estaba, fuí recogido por un antiguo amigo que me llevó á su casa y me curó de mis heridas. Ya restablecido, abandoné la tierra por temor de Pedro Asencio, y hasta que supe de una manera cierta que ese hombre efectivamente había muerto, determiné volver á ella. Después del tiempo que ha pasado, ese tesoro ya no tiene dueño, por lo que es del que lo halle: un terror supersticioso me ha impedido sacarlo, pero á tí te revelo el lugar de su existencia, pues es la única herencia que puedo dejar á los hijos de mi hermana.

Así habló el viejo, que falleció á pocas horas.

Su sobrino se dió á buscar la boca de la cueva, pero sus diligencias fueron vanas y sólo consiguió despeñarse en el abismo.

—¿Y nadie, después de él, ha intentado hallar esas riquezas? preguntamos.

—Esa barranca está maldita, contestó gravemente nuestro guía; cuantos han buscado la gruta han hallado una muerte horrible en la barranca.

Una vez más, por último, contemplamos el imponente aspecto del cerro del Limón, y de la cañada, de cuyo fondo se elevaba un murmullo confuso y vago, causado por el viento al agitar las hojas de los árboles. La tarde declinaba y aquellos parajes comenzaban á cubrirse de un tinte sombrío.

Apresuré el paso en tanto que mi guía se santiguaba lentamente y murmuraba tan quedo que apenas pude oír:

—Los muertos están rezando allá abajo, señor; recemos también nosotros para que nada nos suceda en el camino.

Y se descubrió mientras sus labios se agitaban.

A poco se perdían los últimos perfiles del cerro entre la sombra, y la obscuridad se hizo completa.

ALEJANDRO VILLASENOR.



General D. Manuel Mier y Terán.